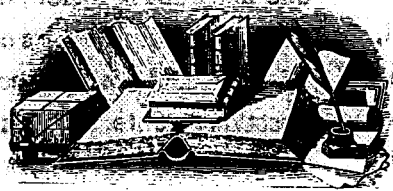


DE LIBROS Y VIAJES



Dario Lara

Mediodía del sábado 11 de junio de 1949. Lentamente el *Arromanches* abandonaba las orillas de Dieppe. Sus sirenas asustaban millares de gaviotas que desplegaban sus alas trazando enigmáticos jeroglíficos, en el cielo azul de Normandía. La agitación permanente del puerto con barcos que se aproximaban, otros que se alejaban, era imponderable. Por la cuarta vez me disponía a cruzar el histórico canal, en dirección de Newhaven y Londres.

Mi pensamiento, sin embargo, se hallaba muy lejos de aquellos paisajes evocadores de escenas que hacía justamente un lustro se desarrollaron en esos cielos, en esas aguas, en esas playas. No evocaba mi mente las hazañas de quienes en esfuerzo titánico se lanzaron a la liberación de Francia, de Europa y a la defensa de la libertad amenazada por la hidra nazi, que había extendido sus tentáculos sobre tantos pueblos esclavizados. El cielo no se cubría, como en aquel 6 de junio, cuando el *Día más largo*, de millares de aviones que vomitaban fuego o sembraban las playas normandas de combatientes aeroportados, en el más gigantesco desembarque de la historia, a través de las defensas alemanas que vigilaban las costas francesas. Era preciso romper el muro del Atlántico, erizado de millares de hierros profundamente plantados en las arenas, de millares de fortines (horrible

desfiguración del apacible paisaje normando que evoca los más encantadores rincones de la sierra ecuatoriana, ya la Condamine lo observó, en el siglo XVII), medio hundidos, como desplomados y en que anidaban aún cañones aherrumbrados, pero que a cada momento amenazaban la vida de los soldados de la libertad. A través de esos setos y esos bosques de Normandía, los tanques aliados habrieron entonces los caminos de la victoria; de su éxito dependía la suerte de Francia, de Europa, del mundo entero: es decir, de la libertad de millones de hombres. Por eso, el 6 de junio es una de las fechas más importantes de la humanidad. En la vida de los pueblos, hay días de historia y de leyenda, cuando aquello que realizan los hombres va más allá de su intensión, excede al acontecimiento mismo y parece como un acábamiento, una exigencia de su propia condición humana y de su destino. El 14 de julio de 1789 fue una de esas fechas. El 6 de junio de 1944 es, tal vez, otra de las mismas...

Por lo mismo, un extraño estremecimiento sacude los espíritus al recorrer hoy aquellos caminos asfaltados, perdidos entre las dunas; o al atravesar, o a la vuelta de senderos apacibles, tantos sementerios impresionantes de paz, donde al ruido del follaje y al murmullo del mar cercano, duermen para siempre tantos jóvenes caídos sobre estas tierras de Francia,

un día de junio de hace cinco años. Son los héroes desconocidos de aquellos combates decisivos de la segunda guerra mundial, librados entre el cielo y el mar, las orillas de la Mancha y del Calvados. Playas Normandas de Omaha, de Sainte Marie du Mont, Saint - Mère-l' Eglise, Ranville, Benouville Reviere, Asnelles, Arromanches...; acantilados de la Pointe-du-Hoc, tomados por los asaltantes americanos, al precio de tantas vidas humanas, Utah Beach... Bellas costas soleadas, paraíso de la *douce France* de otra hora, cuando los largos días estivales, con miles y miles de veraneantes! Millares de visitantes vienen en peregrinación a esas playas; ex-combatientes que recordarán a sus camaradas que encontraron la muerte; leerán entre tantas tumbas, en el mármol blanco, esta sencilla e impresionante inscripción: "Here rests...". Es decir: "aquí reposa, en la gloria y en el honor un compañero de armas, desconocido, salvo de Dios"; como interpreta aquellas dos palabras Jean Guéhenno, anunciando que, con los años y el pasar de la historia, todos los muertos o desaparecidos en esas batallas terminarán por merecer tal epitafio. El extraordinario silencio que rodea aquellas tumbas evoca aquellos "silencios de la historia", según escribió Michélet: "Francia no olvida ni el heroísmo que floreció en aquellos días ni la alegría desbordante de la Liberación: hombres y mujeres, hoy ya perfectamente instalados en su vivir cotidiano, aquel 6 de junio, eran adolescentes. Recuerdan que en una playa, para siempre ilustre, del torpedero *La Combattante*, el 14 de junio de 1944, desembarcó el General de Gaulle, en una primera franja de tierra francesa liberada. Ninguna mayor garantía de la victoria, como la presencia entre los suyos del Primer Soldado de la Resistencia: del hombre que encarnaba la Francia eterna.

*

*

*

Sin embargo, lejos de estos pensamientos que inspiraba la región, mientras el *Arromanches* dirigía su proa hacia las costas inglesas, mi pensamiento vagaba por el continente y revivía, casi nostálgicamente, los días, los últimos meses parisienses de aquel año universitario excepcional, 1948-1949.

Había concluido un primer año universitario en la Sorbona, la vieja y célebre casona, en el corazón de la ciudad y de la Academia de París. Una necesidad de establecer algo así como un balance, de realizar un examen retrospectivo de aquellos meses me urgía interiormente, cuando ya el barco se había elejado de las costas francesas. Había sido admitido como estudiante regular en la Facultad de Letras, en el *Instituto de Literaturas Comparadas*. Su director, el venerable maestro y eximio comparatista Jean-Marie Carré, había aceptado dirigir mi tesis, de acuerdo con aquel otro destacado hispanista, el profesor G. Delpy, director del *Instituto Hispánico*, en la calle Gay-Lussac. El año, por lo mismo, había sido de una excepcional dedicación, ante todo, a las asignaturas que dictaba el profesor Carré: Introducción a las disciplinas de la Literatura Comparada y, como aplicación, en ese año, y en los siguientes: *Goethe en Inglaterra*, *Influencia de Walter Scott en Alemania*; mientras su joven colaborador, hoy gran maestro de la Universidad francesa, Jean Dedejan se refería a los *viajeros franceses en el Oriente y sus aportaciones a las letras del siglo XIX*. Deseoso de extender mis conocimientos de las Letras francesas, asistí también a varios cursos, seleccionados, entre tantos que se dictaban para la preparación del Doctorado o la Agregación. Así, de los siglos XVIII y XIX, con el profesor René Jasinski, los cursos sobre Montesquieu, particularmente su comentario del *Espíritu de las Leyes* y de *J.J. Rousseau*, las páginas del *Emilio*; con el profesor René Pintard, me fué

posible explorar las rutas del parnaso y el simbolismo, para luego, analizar las obras de Verlaine y Baudelaire; mientras con la señora Marie-Jeanne Durry (hoy directora de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud), de las iluminaciones de Rimbaud, a los misteriosos caminos de Mallarmé, hicimos un recorrido por mundos poéticos tan diferetes y que marcan el siglo XIX, para culminar, en nuestro siglo, con Claudel y Valéry.

Mis inquietudes docentes y pedagógicas (a las que había consagrado los primeros años de mi juventud), me incitaron a seguir algunos cursos en los ramos de la educación y la filosofía, en esa misma Facultad de la Sorbona. Especialmente: *la psicología del niño y la educación, el carácter y la vida moral*, que dictaba ese año el gran maestro y filósofo René Le Senne (1882-1954), especialista de la caracterología, autor de obras tan importantes como *Introducción a la Filosofía* (1925), *El Deber* (1930), *Tratado de Moral General* (1943), y, en especial, su magistral *Tratado de Caracterología* (1949), asunto de sus cursos de ese año. Con su colega el profesor Louis Lavelle, Le Senne fue uno de los inspiradores de la *filosofía del espíritu* que, a partir del bergsonismo, significó una corriente opuesta al positivismo e impregnada de un gran espiritualismo, gracias a la influencia de pensadores como Teilhard de Chardin, Gilson, Maritain. Por otra parte, con su tesis sobre la caracterología, Le Senne seguía o completaba las teorías de Emmanuel Mounier (1905-1950), quien a partir de la lectura de Charles Péguy (poeta sublime, profeta de nuestros tiempos y gran maestro del pensamiento de toda una generación de las más destacadas de Francia, después de la primera guerra mundial) concibió la idea de una síntesis entre el cristianismo y el socialismo y fue el principal representante del personalismo. Mounier se expresó especialmente a través de la revista *ESPRIT* (1932) o en obras fundamentales como:

¿Qué es el personalismo? (1947), *Tratado del carácter* (1948) y *El Personalismo* (1949).

Incansable, ávido de extender los conocimientos que se me ofrecía, cómo no aprovechar y tengo conciencia de que así lo cumplí, como en ninguna otra circunstancia de mi vida y hasta 1951 tal oportunidad, especialmente en tantas conferencias que se dictaban en el Colegio de Francia. Allí pude escuchar a Maurice Merleau-Ponty, a Marcel Bataillon, hispanista universal conocido, o seguir las conferencias de Etienne Gilson, Gabriel Marcel, André Maurois y, para los ecuatorianos, de nuestro tan querido Paul Rivet ...

*

*

*

En París, eran los años del apogeo del existencialismo, como filosofía y como cierto modo de vida. Saint-Germain-des-Prés era el barrio universalmente conocido con sus cafés, sus boites y el renombre de escritores como Sartre, Boris Vian, Camus ... frecuentaban esos sitios, especialmente el café de Flore, donde más de una vez me fue posible ver y oír a tantos personajes que iban a marcar todo un período y a toda una generación de la juventud francesa y mundial.

En una de aquellas tardes de otoño, no recuerdo exactamente la fecha, después de mis cursos en la Sorbona, tuve la suerte de encontrar, por primera vez, y oír la palabra cálida de Albert Camus: ensayista, novelista, dramaturgo. Estaba yo acompañado de un amigo, casi un colega de Camus, un joven profesor francés llamado a una enorme tarea de difusión de las letras españolas e hispanoamericanas, Claude Couffon, amigo cordial de siempre. Y fué precisamente *La Peste*, el primer libro que leí luego de mi llegada a Francia, en 1947. Como en la novela de tema dostoiévskiano *L'Etranger* (1942) se encuentra toda la sensibilidad de una época: más tarde despertará memorables polémicas alrededor del problema de la violencia revolucionaria. De este modo, Camus será el objeto

de discusión y controversia, lo que le dará una actualidad siempre viva y una influencia indiscutible sobre aquella juventud obsesionada por el sentimiento de un mundo extraño y absurdo, así como por el problema de la muerte, del más allá que se reflejan en las obras del joven escritor. Sin descuidar por ello la influencia preponderante de su tierra natal que también tradujo en muchas páginas de sus libros:

"En Argelia, yo no conocí la miseria, pues tenía ese gran lujo: el sol y el mar... Después, he perdido el mar; todos los lujos, entonces, me han parecido grises, la miseria intolerable ..."

La influencia de Camus en la juventud de la postguerra fue indiscutible y profunda. Su acción se reveló, sobre todo, en su obra periodística, al día siguiente de la Liberación, en los editoriales de *Combat*, que no necesitaba firmarlos, pues su estilo era tan personal y su pensamiento le señalaba como dirigente y guía de una nueva generación.

El autor de *la Peste*, de *L'Etranger*, del *Mythe de Sisyphe*... vino a ser el símbolo de la juventud salvada de la guerra y también de una nueva literatura, de un mundo nuevo, en el que la moral pretendía reemplazar a la política. Se comprende porque sus admiradores le seguían de libro en libro, de ensayo en ensayo, de pieza en pieza, era el maître à penser indiscutible de la época. Sin embargo, Camus, no se siente satisfecho del prestigio que le rodea. Escribe:

"Estoy abrumado por esta reputación de virtud de la que soy indigno. Mi papel no es de transformar el mundo ni el hombre. No tengo bastante virtud ni luces para esto. Pero, tal vez, mi papel es servir, en mi puesto, los pocos valores sin los cuales un mundo, aun transformado, no vale la pena de ser vivido; sin los cuales un hombre, aun renovado, no podrá ser respetado ..."



Se comprenderá así lo que sintió el mundo de las Letras y la juventud de esos años, cuando Camus, a los 46 años y es el mayor de los absurdos en plena vitalidad física e intelectual, fue fulminado aquel 4 de enero de 1960. Regresaba de su casa de Lourmarin, en la Provença, fruto de su Premio Nobel, dos años antes ... "Representaba en este siglo y contra la historia, escribió Jean-Paul Sartre, al heredero actual de esa larga estirpe de moralistas, cuyas obras constituyen, tal vez, lo que hay de más original en las Letras francesas".

Quando Boris Vian murió en 1959, en plena juventud, su obra literaria era casi desconocida, *L'Écume de Jours* (1947), *L'Arraché-cœur*, *L'Herbe rouge*... habían llegado tan sólo a unos pocos iniciados. Pero, en estos últimos años, dichas obras son reeditadas constantemente y sus lectores aumentan sin cesar.

Boris Vian había dejado un manuscrito, el mismo que acaba de publicar las Editions du Chêne: "Manuel de Saint-Germain-des-Prés. Bellas fotografías reemplazan los dibujos inicialmente previstos por su autor. La legendaria época de Saint-Germain-des-Prés ha pasado, pero, los libros como los de Boris Vian reviven aquellos años que siguieron a la segunda guerra mundial.

Años consagrados por nombres prestigiosos de escritores, filósofos, artistas ... que reviven en este Manuel de Saint-Germain, años del existencialismo, cuando las primeras obras de Boris Vian quedaron ahogadas por los libros de Sartre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, entre otros.

El autor de Manuel de Saint Germain conocerá la gloria sólo algunos años después de su muerte, pues las novelas que publicó aquellos años fueron víctimas del escándalo que produjo su obra *J'irai cracher sur vos tombes* (1946). Tal vez, Boris Vian fue ahogado física y moralmente por el éxito del escándalo, de aquel remedo de una novela americana que fue publicada por el seudónimo de Vernon Sullivan. Noël Arnaud, su amigo y exégeta, así lo cree. Su mismo autor no quiso oír hablar más de aquella novela que le había llevado hasta los tribunales correccionales. Cuando murió de una crisis cardíaca se proyectaba precisamente, antes del estreno oficial, *J'irai cracher ...* Hoy, este escritor muerto en 1959, a los 39 años, es un clásico de Saint-Germain-des-Prés y, a causa de su muerte, se le identifica, un poco, con el mito del héroe desaparecido.

En 1950, como recordé más arriba, Boris Vian redactó su *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*, ante todo, para impedir que otros realizaran una obra análoga con fines comerciales. Los amigos de Boris Vian, que creyeron un momento perdidos tales originales, los han encontrado, y ofrecen una obra en que desfilan tantos nombres de artistas, personajes de historia y de leyenda, mientras instintivamente resuenan en las lejanías del tiempo y del recuerdo las notas de "Les feuilles mortes ...", que inmortalizó la voz de una mujer, la diosa de esos años: Juliette Gréco. ¡Cuántos nombres; cuántas cosas! Una parte de lo insólito de ese Saint-Germain de 1947 ha desaparecido; algunos nombres han llegado a ser clásicos: entre ellos, indudablemente, el de Boris Vian.

Saint-Germain-des-Prés no fue solamente *las caves existencialistas*, las chiquillas de largos cabellos desgreñados, de jersey negros que introdujeron la moda de los pantalones masculinos; no fue tampoco el de aquellos extranjeros, turistas impresionados por ese París que visitan e inevitablemente preguntan por Jean-Paul Sartre, Juliette Gréco o el *Tabou*. Dichas *caves existencialistas* adquirieron en todos los rincones del mundo una reputación, según ha escrito André Maurois: "Les vestibules d'un enfer très intelligent" (los vestibulos de un infierno muy inteligente). Es la época en que los turistas confunden dos palabras *caves* y *existencialismo*. El autor mencionado añade: "Por qué no boîtes hégéliennes, cabarets cartésiens o bistrots platoniciens"? ... En realidad la filosofía y el *Tabou* se habían encontrado por casualidad y todo aquello fué más simple de lo imaginado en las antípodas.

El barrio de Saint-Germain-des-Prés ocupa un sitio excepcional junto al Sena. Su plaza, celebrada en el mundo de las Letras a causa de dos cafés: Les Deux-Magots, Le Flore y el restaurante Lipp. Fueron el centro de grupos literarios que frecuentaron celebridades como Giraudoux, León-Paul Fargue, Gide entre otros, después de la primera guerra. Vaga todavía entre estos dos cafés la sombra del soñador Ferdinand Lop, aquel marsellés, candidato permanente, siempre fracasado, a las más altas funciones del país. Los grandes editores: Gallimard, Grasset, Plon, Hachette irradiaban el barrio, mientras el teatro de bulevar se instalaba en el Vieux Colombier, con Jacques Copau, gran renovador del teatro francés.

La iglesia actual, comenzada antes del siglo mil, mientras se rectificaba una nueva abadía, una de las más antiguas y prestigiosas de París, mezcla su historia con la de los hijos de Clodoveo. La Revolución destruyó la abadía y puso en peligro la iglesia. Pero, el barrio nunca dejó de marcar el arte, las letras de todos los siglos. No es hoy el de Sartre, de Boris Vian, de la Gréco ... es siempre el de los restaurantes,

de las galerías, de las librerías. Es también, modernamente, de los pequeños almacenes, de la droga, de los *hippies*, propios o extraños, que constituyeron como capas sociales superpuestas, características de lo que se ha llamado la *edad de oro*, aquella del existencialismo.

Así pues, la gloria de Saint-Germain-des-Prés es muy antigua. Los surrealistas habrían precedido a los existencialistas en ese sitio privilegiado. Lo nuevo fue que el *Flore* y *Les Deux Magots* se unieron al Saint-Germain del Tabou. Esto se debió especialmente a algunos nombres y, sobre todo, a Juliette Gréco que aparece en esos años con los cabellos desgrenados, pantalones masculinos, un jersey negro de ancho cuello enrollado. Después de la Liberación esa juventud que leía a Sartre y a Camus, que amaba a los poetas y a los filósofos, por las noches venía a divertirse y calentarse en el café Mephisto y en el Bar Vert; encuentra finalmente en la calle Dauphine, el Tabou que es adoptado por la banda. En la cave, Juliette y sus amigos, Boris Vian y sus hermanos han formado una orquesta, los chicos y las chiquillas de cabellos largos y vestimenta dudosa, danzan toda la noche. El Tabou fue un club cerrado. Sartre, Simone de Beauvoir, Maurice Merleau-Ponty, Raymond Queneau, Prévert, Gaston Gallimard vinieron alguna noche y el éxito estuvo asegurado. Los turistas americanos lo descubrieron y la boîte fue señalada y lanzada: un sitio en que se soñaba y se divertía; una juventud ávida de liberación que amaba las novelas americanas y el jazz... Juliette, recomendada a Sartre por Anne-Marie Cazalis, encuentra los textos de Prévert, Laforgue, Queneau. Con música de Kosma hizo oír, con su voz única de terciopelo: Si tu t'imagines, Les enfants qui s'aiment, Les feuilles mortes ... que han recorrido el planeta, llevando el mensaje y el nombre de Saint-Germain-des-Prés: "Bella y pobre -dice Anne-Marie Cazalis- Juliette era el símbolo del periodo de nuestra "postguerra" y añade Maurois: "Por esa voz, por esas canciones, por esos poemas, Saint-Germain-des-Prés ha conquistado al mundo, sin haber pensado nunca en ello ... En el principio era Juliette Gréco".

Pero no era la única. Junto a ella estaban Anne-Marie Cazalis, Barbara Laage, escogida esta última por Sartre para llevar a la pantalla una de sus obras: *La P. respectueuse*. Contribuyeron, después de Agnès Capri, a organizar en los cabarets de la *rive gauche*; programas inteligentes en que los textos de los mayores poetas del surrealismo, de Apollinaire a Max-Jacob, de Prévert a Queneau, dieron a Bárbara un éxito insospechado hasta que un periodista americano la descubrió para *Life*. Barbara partió para Hollywood ... Felizmente, allá se fastidiaba y su regreso al Paris de Saint-Germain, que había contribuido a modelar, fue inevitable.

Como escribió Boris Vian en el prólogo de su *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*: "Este barrio de París se convirtió bruscamente hacia 1947, en uno de los polos de atracción del mundo intelectual (sic) o más simplemente del público ...". Steve Passeur escribía en un diario parisense: "... En efecto, en todas las capitales del mundo los intelectuales bulliciosos se interesan por el París literario de 1947 y piden, exigen una descripción del *Flore* y del *Tabou*. Nadie puede hacer nada; es un hecho científico como decía una maravillosa mujer que conozco ...".

La prensa de todo el mundo se dió por unir inseparablemente este barrio con el nombre de Sartre, del existencialismo ... Prueba estas líneas -entre tantas- de un diario de Amberes: "Desde el día en que Sartre desembarcó en un miserable café de la calle del Sena y se puso en las horas febriles de la guerra a predicar en el café *Flore* su brutal filosofía, a discípulos cada día más numerosos, Saint-Germain-des-Prés encontró su esplendor de antaño".

Saint-Germain-des-Prés vive ahora un mito. Los que le frecuentan de día y los que le visitan en la noche tienen reacciones similares: es el último lugar en que se vive un ambiente familiar, por lo menos en ciertas horas. Los *drugstore* se han multiplicado. Sólo el *Flore* y *Les Deux Magots* siguen atrayendo a los turistas y soñadores; el *Lipp*, a los políticos. Pero, el barrio sigue

animando como un gran mercado, como el centro parisiense por excelencia del exhibicionismo, alrededor de su triángulo mágico: Lipp-Flore-Deux Magots.



Ese fue el ambiente que encontré en 1947, que frecuenté, sobre todo, los años 48-49. Nunca olvidaré, entre las sombras de la ciudad mal aclarada aun como consecuencia de las privaciones de la guerra, la figura de la Gréco interpretando con voz lánguida: suavidad de terciopelo, hechizo de bohemia, una de esas canciones que han recorrido el mundo. Pero, también, inseparables, los nombres de escritores y de algunos de sus libros que ese año cayeron en mis manos y fueron como una revelación. Para mencionar entre tantos: *La Peste* de Camus, a quien veo aún, grabado en mi recuerdo, cuando regreso por ese barrio. Sartre acababa de publicar *L'être et le Néant* y junto a la caracterología de *Le Senne*, tantos autores de mis estudios en ese año, en lugar preferencial: las obras de Jacques Maritain, de Gabriel Marcel o las últimas novelas de Francois Mauriac.

Mi aprendizaje poético pasó aquellos años desde *Miraclès* de Jacques Rivière, que me reveló la poesía de Alain Fournier y estuvo al origen de un primer libro: *Alain Fournier, poeta*, a la poesía de Saint-John Perse, de Paul Eluard, de Yvan Goll. El descubrimiento de los esposos y poetas Goll debió estar también al origen, años más tarde, de una nueva publicación: *Yvan Goll, poeta del amor y del exotismo*. Pero, sin duda, mi mayor descubrimiento -por temperamento y formación- fue la obra teatral de Paul Claudel: La personalidad, el genio de artistas como Edwige Feuillère, Piere Brasseur, Jean-Louis Barrault (que juntos me descubrieron el *Partage du Midi*) estuvieron seguramente por mucho, así como las conferencias del más ilustre claudeliáno, Jacques Madaule, en la introducción deslumbrada, a la obra de uno de los mayores escritores de la lengua francesa de todos los siglos, por de Homero y Virgilio, del Dante y Racine.

Después de 1949 esta lista se alargará y enriquecerá fundamentalmente con el conocimiento de la obra, en algunos casos de la persona misma, de notables escritores franceses y de otros países, especialmente hispanoamericanos. Estos recuerdos: *Treinta años después*, introducirán a mi nuevo libro: *Del Tiempo y del Paisaje*, evocando aquellos versos de Pablo Neruda:

"Yo no tengo memoria
del paisaje ni tiempo
ni rostros ni figuras
sólo polvo impalpable ..."

Hundido en estos y otros pensamientos, el *Arromanches* había borrado las costas de Newhaves y un tren inglés me conducía ya a Londres. Por más de un trimestre, iba a ser nuevamente un habitante de la inmensa metrópoli, marcada aún por las impresionantes ruinas que acumularon las bombas de la aviación hitleriana.

Estudiante en el King's College de la Universidad de Londres, mientras me familiarizaba con las letras y la civilización de ese gran

país, iba a presenciar también las postrimerías del más famoso imperio de los últimos siglos, que se disgregaba lentamente, después de haber dado al mundo una excepcional lección de heroísmo.

Una carta de París vino a distraerme en mis estudios universitarios, a los que concurrían más de 250 estudiantes de 32 países. A fines de 1948, exactamente el 12 de diciembre, por consejo del Profesor G. Delpy, tuve una primera entrevista con el entonces canónigo, más tarde Monseñor, Pierre Jobit. Pronunciar este nombre es evocar a un maestro, un conferencianté, a un escritor y toda una época brillante del hispanismo en Francia. En 1947 había creado en la Facultad de Letras del Instituto Católico de París el Centro de Estudios e Investigaciones Iberoamericanas. Desde mi primera visita al eminente eclesiástico se entabló una entrañable amistad con la que me honró hasta el fin de su vida. Por su pedido, en las semanas siguientes presenté a sus estudiantes algunos temas de las letras de América Española, del Ecuador, en particular. Esta iniciativa debía tener consecuencias incalculables. Después de nuevas conversaciones, en los primeros meses de 1949, decidió extender las actividades de su Centro. Mi sorpresa fue grande al leer la carta que Monseñor Pierre Jobit me envió a Londres, invitándome a colaborar en su Centro con tres horas semanales, sobre temas de civilización y letras hispanoamericanas: "... Gracias por su carta y la aceptación de principio. Es para mí un gran alivio saber que probablemente contaré con su colaboración" (30 de agosto de 1949). Las horas de mis estudios en la Sorbona me permitían dedicar algunas horas a la docencia, en la que me había iniciado desde mi juventud. A mi regreso de Londres, a finales de octubre se organizaron los cursos, bajo las instrucciones de Monseñor Pierre Jobit, y por primera vez, tuve la oportunidad de conocer al Profesor Georges Lafond, igualmente ya fallecido. Personalidad destacada del mundo intelectual parisiense, ameno conferenciante, que conocía muy bien América Latina, a donde había viajado varias veces, en misiones oficiales. Basta recordar la serie de libros que publicó, la calidad

de la revista que dirigió en París, para apreciar la excepcional calidad intelectual de Georges Lafond y su profundo conocimiento de los problemas del mundo hispanoamericano.

Bajo la dirección de Monseñor Pierre Jobit, con la colaboración de Georges Lafond, los estudios hispanoamericanos conocieron en la década 1950-60 un desarrollo excepcional. Pues, a los cursos universitarios del Centro se añadieron las conferencias públicas en la sala de Hulst, en la Biblioteca Española o en la Casa de América Latina.

Largo sería explicar todo lo que esta iniciativa significó para los países hispanoamericanos. Sin temor se puede afirmar que, en dicho período, el Centro que fundó y dirigió Monseñor Pierre Jobit, fue en París uno de los focos más brillantes de cultura y, sin duda, el más notable en todo lo relativo a los asuntos del hispanismo, gracias a la colaboración de las Embajadas de España, y de varias de otros países hispanoamericanos y la categoría de los Presidentes del Centro: el Duque de Choiseul-Praslin, Horace Dalla Torre y el actual, señor Edmond Giscard'Estaing, miembro del Instituto de Francia, hispanista de alta calidad.

¿Qué decir de las numerosas conferencias dictadas en las salas antes mencionadas? Escritores, profesores, hispanistas, diplomáticos, algunos desaparecidos ya, como el ilustre historiador venezolano G. Parra Pérez, Raymond Ronze, Georges Lafond, Jean Camp, Charles Pichon, René Bouvier, Albert Mousset, Maurice Legendre; otros viven aún hoy, como el Presidente Edmond Giscard d'Estaing, Robert Ricard, A. Dauphin-Maunier, Paul Verdevoye, Jean Babelon, Charles Minguet, Daniel Toledano, José María Pemán, Luis Larín Entralgo, Ernesto La Orden, Nicolás Guillén, Rómulo Gallegos, F. Pardo de Leygonier, Jean Descola, que ha consagrado varios libros a nuestra América y tantos otros más; todos presentaron aspectos los más diversos de la historia, el arte, de las letras de España y los países hispanoamericanos.

Varias veces, también del Ecuador. Pues, junto a tan destacadas personalidades tuve la oportunidad, en dichos actos públicos, de evocar temas de la historia, de la cultura ecuatoriana. Entre otros: *L'Équateur, tropique, neiges et avenir* (14.2.1953); *Quito, ville d'art* (5.2.1955); *Les Voyageurs Français à l'Audience Royale de Quito* (21.4.1956); *Le Journal inédit du Vicomte René de Kerret, voyageur en Équateur* (21.2.1959); *Des neiges de Quito au cœur de la forêt. Découverte du fleuve Amazone* (4.3.1961); *La Famille de Sainte-Thérèse, d'Avila à Quito* (4.3.1965); *La première. Carmélite américaine. Theresita de Quito* (10.12.1966); *L'Équateur, pays d'art* (2.3.1974), con ocasión de las grandes exposiciones que el Ecuador y Francia organizaron en el Petit-Palais y, en el Museo de Arte Moderno, la obra del pintor Oswaldo Guayasamín.

Algunas conferencias fueron ilustradas con proyecciones de diapositivas, películas que mostraban algunos aspectos del Ecuador, cuando no fueron los mismos cineastas que después de visitar nuestro país presentaron con entusiastas comentarios, el fruto de sus aventuras. Así, he de mencionar a Christian Zuber, Colette Castagno, los esposos Françoise y Luc Giard que participaron en sesiones inolvidables de arte y ecuatorianidad. Como colaboraron también, más de una vez, delicados artistas que descubrieron al público parisiense las armonías típicas de la música ecuatoriana; entre otros, el notable maestro Gerardo Guevara.

Monseñor Pierre Jobit personalmente después de su viaje al Ecuador, en 1959, dictó también algunas conferencias o publicó varios artículos sobre nuestro país.

Además, dentro del antiguo sistema universitario de *Certificados*, como preparación a la Licenciatura en Letras, en asuntos de la historia, de la cultura ecuatoriana, figuró siempre en el programa general de *Civilización y Letras hispanoamericanas*. Me cupo organizar y dirigir tales estudios, bajo la vigilancia de guías excepcionales como Monseñor Pierre Jobit y Georges Lafond. Dichos *Certificados* preparaban a los diplomados propios del Instituto Católico o a los

exámenes oficiales, de la Sorbona, con la que nuestro Director guardó siempre excelentes relaciones, en particular, cuando fue Rector de la Academia de París, Jean Sarrailh; aquel otro insigne hispanista, amigo y compañero de Monseñor Pierre Jobit. De este modo, en ese *Centro*, creado por un ilustre hispanista francés, centenares de estudiantes, que hoy enseñan en tantos lugares de Francia y de otros países, aprendieron a conocer (y diría casi a amar) al Ecuador, país del cual ignoraban todo ...

Refiriéndose a mis actividades en este *Centro*, F. Pardo de Leygonier, ilustre venezolano-francés, erudito conferenciante, miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, etc., quien después de la muerte de Georges Lafond fue el colaborador inmediato de Monseñor Pierre Jobit y le reemplazó cuando la desaparición del sentido fundador, escribió para la prensa de Quito algunos párrafos muy generosos, de los que me permito recordar las siguientes líneas:

Empezaré por recordar que A. Darío Lara ha sido el creador en el seno del *Centro de Estudios e Investigaciones Iberoamericanas* del Instituto Católico de París, y desde unos 25 años, no solamente de una cátedra ecuatoriana, pero también de una forma especial de cátedras rotativas de estudios superiores que se extendió a todos los otros países de nuestra América. A pesar de su nombre, ese *Centro* fundado por el distinguido hispanista, Monseñor Pierre Jobit, fallecido exactamente hace un año, de hecho se ocupaba y daba atención a la Madre Patria y muy poco a sus hijas de América. Tan sólida ha sido la iniciativa de Darío Lara que cuando la enseñanza universitaria propiamente dicha fue absorbida por la Facultad de Letras del mismo Instituto Católico, quedó el *Centro* de pie, consagrado a conferencias y comunicaciones históricas, literarias, políticas del más alto interés. Cobrada su autonomía, bajo la presidencia de Edmond Giscard d'Estaing, el *Centro* patrocina ciclos de conferencias, ya sea en la Casa de América Latina, ya sea en el Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París, y en la misma Universidad Católica, en la célebre sala d'Hulst ... ("El Tiempo". Quito, 1973).

Encargado, por varios años, de los asuntos culturales en la Embajada del Ecuador y conocedor de todas las dificultades que tales actividades ofrecen, no temo afirmar que por los cursos organizados, las conferencias dictadas, la revista *Le Courrier Ibero-américain*, por el trabajo de toda una vida consagrada a una gran causa y por la influencia que ejerció, en los medios del hispanismo, Monseñor Pierre Jobit cumplió una tarea que ninguna misión diplomática de nuestros países puede realizar. Por tal motivo, su nombre permanecerá inolvidable, como el de un gran amigo, de un apóstol del hispanismo. Basta recordar que su librito *Espagne et hispanité* (Paris, 1948), ha sido calificado como el *Kempis del hispanismo*.

El Ecuador así lo reconoció hace mucho tiempo. Cuando su visita a Quito, fue condecorado, el 22 de junio de 1959, por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, señor Carlos Tobar Zaldumbide, más tarde brillante Embajador en París y gran amigo de Monseñor Pierre Jobit. La Casa de la Cultura Ecuatoriana editó ese mismo año, las conferencias que el eminente maestro dictó en Quito. *Notas sobre el moderno pensamiento español*, dió por título a tal publicación y, en la Introducción, Monseñor Pierre Jobit escribió: "Lector: te dedico estas conferencias que fueron dictadas en esta maravillosa ciudad de Quito, durante una temporada cuyo recuerdo me llena de alegría y gratitud."

Que la memoria de Monseñor Pierre Jobit perdure; que su nombre sea una luz y una esperanza. Hoy, al trazar estos recuerdos, leo estos párrafos que Monseñor Pierre Jobit me escribió desde Quito, el 11 de junio de 1959: "Aquí estoy en Quito, noble, grandiosa. Nuestro amigo A. Dauphin Meunier tenía razón cuando afirmaba: *pocas son las ciudades que causan al viajero una impresión tan profunda y duradera como las del Ecuador*".

Descanse en paz el venerable maestro, el brillante escritor y conferenciante, el valeroso soldado de las trincheras de Verdun, en la guerra del 14-18. Sus alumnos, sus amigos, recordarán y perpetuarán su memoria. Sus obras seguirán iluminando los caminos del auténtico hispanismo. Francia guardará su nombre entre los valien-

tes que la defendieron. El hombre de virtud acrisolada que, en una época tan necesitada, enseñó la verdad eterna, más que con su palabra con su ejemplo, habrá recibido ya la recompensa de "su sacerdocio intensamente vivido... en una su prema y divina síntesis", según el mismo escribiera de su esclarecido amigo y maestro, don Manuel García Morente.

El 17 de noviembre de 1972, nuestro Centro rindió un homenaje público a su fundador fallecido tres meses antes. Sus más fieles colaboradores recordaron aspectos diferentes de tan ilustre personalidad. El Presidente, señor Edmond Giscard d'Estaing, para concluir dicho homenaje, pronunció estas palabras que me complace transcribirlas como brillante conclusión:

"Hemos hablado de Monseñor Pierre Jobit no como de un ausente, sino como de un hombre presente, ya que nosotros también hemos querido verle vivir en esa España que atraviesa los siglos y de la que él no dejó de descubrir las virtudes enajenadoras. En uno de sus libros, Monseñor Jobit ha citado el epitafio que leyó en la catedral de Toledo, sobre una lápida sepulcral anónima:

"Et cinis
Et pulvis
Et nihil
Homo tamen"

"Me parece" añadió el ilustre miembro del Instituto de Francia que a justo título podemos transponer esta inscripción para perpetuar a la vez la memoria y la presencia de Monseñor Pierre Jobit:

"Ceniza
Polvo
Nada"

Y sin embargo

"El cantor de la Hispanidad"

Mi amistad con el profesor Georges Lafond estuvo así al origen de otro descubrimiento. Varias veces me habló de un joven francés que en el siglo XIX había visitado los países del Pacífico, el Ecuador entre ellos. El nombre del capitán Gabriel Lafond de Lurcy me llegó de este modo por un lejano pariente que había

iniciado algunas investigaciones. Cuando el fallecimiento de Georges Lafond, uno de sus hijos me entregó un sobre con algunos documentos sobre el viajero francés. Consideré como un acto de probidad y de gratitud al amigo desaparecido presentar en Anexos (II volumen de mi tesis doctoral) las fotocopias de todos esos documentos. Al mismo tiempo que situaba el estado en que se hallaban las investigaciones sobre el capitán Gabriel Lafond de Lurcy, hace unos veinte años. En realidad, los historiadores, los investigadores habían ignorado casi completamente a tan interesante viajero, según se verá en las páginas que siguen.

* * *

Las últimas hojas de este otoño esplendorosamente dorado se deshacen en el húmedo limo que recubre las vastas planicies de los fértiles campos de la Beauce. Son las *hojas muertas*: no las de los versos de Prévert, que el viento helado arrastra o amontona por millares. Aquellas son germen de esperanza: la primavera renacerá de este humus... Basta de sueños. Hay en estos celajes otoñales "escasas, pero maravillosas claridades como escribiera Guermantes (Gérard Bauer), aquel delicado crítico y moralista que permiten a un testigo recogerfiel, y sinceramente, sin ilusiones, las sonrisas y los hechos de la vida..."

Al presentar estos documentos, en el primer centenario de la muerte del capitán Gabriel Lafond de Lurcy, al recordar sencillamente hechos que parecerán insignificantes, como por temor de dejar perderse lo que hay de fugitivo en la sucesión de los días, si bien, como escribió J-P Sartre; "... el hombre no es nada más que un conjunto de sus actos, nada más que su vida"; al evocar devotamente, como modesto testigo, la personalidad excepcional de Monseñor Pierre Jobit y la de uno de sus primeros y más valiosos colaboradores, el profesor Georges Lafond, a quienes "la metamorfosis de la muerte transformó, de pronto, en seres eternos": tengo la impresión de arrojar al viento un manojo de hojas amarillentas.... Ojalá que algunas, por lo menos, encuentren una tierra propicia y sean germen de esperanza. De aquella esperanza "que es para el alma lo que la respiración para el ser viviente; allí donde falta la esperanza, el alma se agosta y extenua", escribió Gabriel Marcel.

